Capítulo 2

¿Qué es la Ideología de Género?

...EN ESTE MOMENTO

"*La cuestión de la mujer nunca ha sido la cuestión feminista*"
Heidi Hartmann

Para comenzar este Capítulo, lo mejor será exponer lo que nos cuentan acerca de la ideología de género en los cursos sobre "diversidad sexual" a los profesores de los niveles de infantil, primaria y secundaria. Estos actos son organizados por los colectivos homosexualistas con el motivo expreso de evitar la discriminación sexual en las aulas, pero con la intención oculta de introducir en ellas la ideología de género a través de los docentes.

Porque, efectivamente, la ideología de género se ha ido infiltrando en nuestros principios y valores amparada por unos objetivos muy loables, que los seguidores de esta doctrina dicen buscar, y para defender a unos colectivos en situación de injusticia social a los que desean beneficiar. Normalmente estos colectivos "beneficiados" son las mujeres y los homosexuales, aunque los verdaderos beneficiados son sólo algunas mujeres y algunos homosexuales, y los pretextos para poner en práctica sus medidas son la igualdad, la defensa del homosexual discriminado, y la defensa de la mujer oprimida, e incluso agredida, por el varón. Naturalmente, el varón heterosexual es el principal enemigo de la felicidad de estos colectivos al igual que la mujer que no quiere ser ayudada por estos libertadores de yugos ancestrales.

En uno de estos cursos, convocado para posicionar favorablemente al profesorado en cuanto a que en el aula haya igualdad, diversidad sexual y respeto a las opiniones sexuales de todos, un antropólogo defensor a ultranza de la

ideología de género y, al parecer, reputado en su ámbito, nos explicó los fundamentos de esta concepción de la naturaleza humana que hace prevalecer exclusivamente la faceta cultural del ser humano y que menosprecia, hasta su eliminación, la parte biológica. Resulta curioso que un antropólogo obvie de forma tan alegre capítulos enteros de su especialidad que desmienten absolutamente la ideología de género. Sin embargo, hay que tener presente que, en la aceptación de esta doctrina que explica la naturaleza humana y que pretende transformar la sociedad hacia su perfección, hay mucho de fe irracional, y eso implica la negación de las evidencias en contra.

La ideología de género está basada en que las diferencias entre el hombre y la mujer son construcciones culturales, un aprendizaje social independiente del sexo. El ser humano nace neutro aunque, como cosa carente de importancia, presenta unos genitales masculinos o femeninos que en nada habrían de afectar a su existencia salvo por la educación sexuada que se les impone y que está adaptada a los roles sociales que obligatoriamente ha de cumplir por imposición de una sociedad de corte patriarcal que obliga a ello.

Los ideólogos de género, si bien reconocen que existe el sexo con el que se nace, creen que éste no es en absoluto decisivo ni para determinar el comportamiento ni para afectar al deseo sexual. De esta forma, el sexo biológico, con sus diferencias genéticas, hormonales y físicas no es determinante en la vida y el comportamiento de las personas. Hombres y mujeres somos iguales y nuestros comportamientos, capacidades, percepciones, deseos, gustos, intereses y formas de aprendizaje son idénticos. La única razón por la que somos distintos es la educación, el aprendizaje desde nuestra infancia de unos roles que determinan nuestras diferencias como hombres y como mujeres. La ideología de género afirma que desde nuestro nacimiento se nos determina, injustamente, por nuestro sexo. Desde antes de nuestro nacimiento, incluso.

Pues sí, para los defensores de la ideología de género, antes de nacer ya estamos orientando al nonato hacia un lado u otro al preguntar a la feliz mamá lo que consideran una estupidez común: ¿es niño o niña? Al menos eso nos dijo el reputado antropólogo, quien afirmaba que esa pregunta era absolutamente inconveniente, puesto que daba igual el tipo de genitales que presentara el bebé ya que el sexo era irrelevante y además, había muchos géneros, catalogación ésta que era más importante que el sexo. Cualquiera diría que el nonato, al escuchar su sexo de boca de su madre, se viera inmediatamente impelido a actuar según unos roles sociales y estereotipos asociados.

Para argumentar esta premisa de que hay muchos géneros y son más importantes que el sexo, el ponente de aquel monográfico sobre ideología de

género expuesto, no como teoría, sino como realidad cierta, nos explicó que hay varios niveles en el género-sexualidad de la persona:

1º. El plano biológico, el sexo físico en el que existen hombres y mujeres y que no es muy importante, puesto que hay otras variantes igualmente naturales como los transexuales y los intersexuales, las personas con malformaciones en los órganos sexuales de las cuales no puede determinarse su sexo, y personas con alteraciones genéticas. El reputado antropólogo, al decir semejante cosa demostró que no sabía nada acerca de lo que estaba argumentando, según se verá un poco más adelante.

2º. El plano sociológico y psicológico que es la creación social, y cultural personal que hacemos de esa sexualidad y que lo llamaríamos "género". En ese género o plano del comportamiento, hay unos roles correspondientes a hombres y mujeres que se nos imponen socialmente y que nos hacen ser diferentes, y unos comportamientos que se nos inculcan. Ese plano de la sexualidad es variable, reinterpretable y adaptable a cada uno con independencia de su sexo biológico siempre y cuando los condicionantes culturales y educativos dejen de obligarnos a reproducir esos comportamientos malsanos e impuestos. De esa forma, en este apartado de género como construcción personal frente a la imposición social, entran las características psicológicas (mujeres que, contra lo esperable, son valientes y decididas, características, según el antropólogo, correspondientes a "lo socialmente masculino", o los hombre sensibles y cariñosos, características socialmente femeninas), y roles sociales (mujeres y hombres que llevan a cabo trabajos que tradicionalmente realizaba el otro sexo). Igualmente, parte de ese género de libre elección es el aspecto externo, un conglomerado de rasgos diferenciadores de hombres y mujeres que van desde la barbilla y las patillas a la falda y los tacones, del pelo largo a las pestañas postizas. En este punto se nos informó de la existencia de personas transgénero, las que se comportan como sería esperable en el otro sexo, así como una categoría de disidentes del género que atienden al nombre de *genderfuck*.

Para que los alumnos del curso comprendiéramos lo enormemente necesario que era erradicar estos rasgos exteriores, nos explicaba que la mujer barbuda seguramente pasó un calvario en su vida por ser genitalmente mujer y tener rasgos externos masculinos. Esta forma de argumentar, haciendo de la excepción categoría, es la que se utiliza normalmente para convencer al incauto de que hay que cambiar todo para que sólo uno no se sienta mal, al margen de los incovenientes que produzca al resto, una de las muchas manipulaciones y falacias que se utilizan en la defensa de lo indefendible. Y desde luego, siguiendo este hilo de "buenismo argumental", la forma de que no se cometan estas injusticias es que no haya rasgos identificadores externos. De

esa forma, a nadie nos sorprenderá la mujer agresiva y con barba o el hombre sensible con bigote, falda y pestañas postizas. Según nos dijo el citado ponente, el movimiento QUEER originado en San Francisco busca esa "inidentificación" externa de las personas y a él le parecía lo más estupendo de este mundo que, en esa ciudad, te atendiera en la caja de un supermercado un ser humano con tacones, patillas, traje de faralaes y voz de barítono sin que nadie le dedicara un segundo vistazo.

3º. La orientación sexual, que serían los gustos y deseos sexuales, y existirían varias orientaciones: personas que sienten atracción sexual por los hombres, por las mujeres, quienes sienten deseo sexual por ambos, e incluso, últimamente, hablan de quienes no sienten deseo sexual. Ahí estarían los homosexuales, los heterosexuales, los bisexuales, los intersexuales y los asexuales. Parece evidente que ampliar el abanico de deseos sexuales legítimos y permitidos a animales y menores es sólo cuestión de tiempo, y de que se legisle lo que puede determinarse como "aceptación" de esas relaciones por parte de animales y niños, porque para la ideología de género, la única cortapisa para las relaciones sexuales es el consentimiento, o no, de los actores, de uno a varios. De hecho, en las clases de educación sexual que se imponen a los menores, se evidencia la pendiente ética hacia la amoralidad sexual y el "todo vale". Esta evidencia, que antes podía negarse, en la actualidad, a mitad de pendiente y cogiendo velocidad es muy difícil explicarla como una falacia argumental y una exageración surgida de las mentes fantasiosas de los estudiosos del tema.

Este plano de la orientación sexual puede cambiar con el tiempo en cualquier individuo, según los seguidores de la ideología de género, y pasar de heterosexual a homosexual por causas que relacionan con la elección personal, o con factores no identificados pero al alcance de cualquier ser humano. Las contradicciones entre semejante afirmación y otras partes de la ideología de género son flagrantes y las analizaremos porteriormente.

4º. La constancia de género. Este punto se refiere a la identidad sexual, a esa percepción interna de que somos hombres o mujeres y que tampoco tiene por qué depender del sexo biológico. Por una razón que los ideólogos de género no saben explicar, al menos así lo dijeron los ponentes de otro de estos cursos de "diversidad sexual", los seres humanos tenemos una percepción personal de pertenecer a un género, el masculino o el femenino, con el que nos identificamos, al margen de nuestros genitales. Esa constancia puede cambiar con el tiempo, de forma que hombres con genitales masculinos que se han sentido varones, de repente pueden sentirse y creerse mujeres, e identificarse como mujeres.

Concretamente en otro curso al que asistí, la ponente de aspecto, genes y probablemente genitales femeninos, que se presentó como lesbiana, afirmaba que ella se sentía mujer por alguna extraña razón que no sabía explicarse. El ponente de aspecto, genes y probables genitales masculinos, que dijo sentir deseo sexual por los hombres, afirmó que "ella" se sentía mujer. Durante toda la ponencia, la persona de aspecto femenino se dirigía a la persona de aspecto masculino como "ella" para respetar su constancia de género. Durante todas estas manifestaciones de la ideología de género, el alumnado de los cursos escuchaba, asertivo, todo lo que les acabo de narrar y la única que, al parecer, veía contradicciones, errores, mentiras, falta de informaciones e inconsistencias, era yo.

De hecho, en todo aquello resultaba evidente que, si alguien tiene que defender esa idea de que la "constancia de género" no depende del sexo que se tiene, sino que es aleatorio, elegible y puede cambiar a lo largo de la vida, lo mejor que puede hacer para demostrar que semejante cosa es algo habitual, es decir que uno mismo lo experimenta. Es como si yo afirmo, ante un público predispuesto a creer en aparecidos, que existen los fantasmas porque yo los veo todos los días.

Lo cierto es que el ponente que se sentía "ella" era un hombre sexual, genética y conductualmente dentro de los parámetros normales en los que alrededor del 50 % de la población se encuentra encasillada por motivos biológicos, puesto que el otro 50 % es mujer. Su deseo sexual, que ya dijo que eran los hombres, no le restaba un ápice a su evidente masculinidad. Si se sentía mujer, era más sintomático de una enfermedad mental que de una nueva "constancia de género". Era evidente que la afirmación de que se sentía mujer era una "boutade" semejante a afirmar que se sentía gallina. Realmente ni se sentía mujer, ni pretendía serlo, ni iba a hacer nada por serlo, afortunadamente para su salud. Sin embargo, cabe preguntarse qué importancia tiene la educación sexista, tan determinante en el género según dicen, si éste se cambia fácilmente sea cual sea la educación, masculina o femenina, que se ha recibido, puesto que la educación asexual que promueven ahora es demasiado actual para que hubiera sido recibida por los ponentes que hacían semejantes afirmaciones y que rondarían la treintena.

Terminada la exposición, se suponía que en estos cuatro niveles estaríamos todos en toda nuestra variedad: Hombres biológicos con roles femeninos a los que les gustan los hombres y que se sienten mujeres, mujeres biológicas con rasgos masculinos y barba a las que les gustan los trans pero que se sienten mujeres, transexuales con nuevos atributos masculinos, con rol de género femenino a los que les gustan las mujeres y que se sienten mujeres... una compleja ensalda de gustos, roles, genitales e identidades sexuales que da,

efectivamente, una variedad casi infinita de "excepcionalidades".

Al antropólogo que nos contaba esto, al igual que a los diversos ponentes que he tenido como "profesores" en los cursos de diversidad sexual a los que he asistido, se les olvidaron varios detalles informativos que presenta esta "ensalada" en su verdadera dimensión y que voy a exponer con la esperanza de que a ustedes no les den "gato por liebre" como a los alumnos de los cursillos, y que, algún día, alguno de ellos lea este ensayo.

Respecto al primer nivel del que hablaban, el sexo físico, hay que señalar que todos nacemos con unos genes que nos identifican como varones o mujeres. Sólo un número mínimo de personas, que no llega al 0,4 % de la población (sumando todos los tipos de síndromes) nace con unas alteraciones genéticas que podrían dificultar la asignación de sexo, si bien en la práctica no presentan tantas dificultades, pues la inmensa mayoría de los afectados tiene clara su identidad sexual, es decir, sabe perfectamente si es hombre o mujer.

El sexo viene determinado por un par de cromosomas que en el varón son XY y en la mujer son XX. Las alteraciones que describe la medicina son una monosomía y tres trisomías que se mencionan, de forma somera, seguidamente:

1º. Monosomía del cromosoma X o Síndrome de Turner: Se produce, de forma aproximada, en 1 de cada 2.500 nacimientos. El individuo presenta un sólo cromosoma X y se trata de una mujer con determinadas disfunciones reproductivas.

2º. Trisomía XXY o Síndrome de Klinefelter: Se produce, de forma aproximada, en 1 de cada 700 nacimientos. Más de la mitad se abortan espontáneamente. La existencia del cromosoma Y les da rasgos y apariencia masculina si bien atenuada por menos musculación, mayor tendencia a engordar, menos aparición de vello... Tras los diagnósticos prenatales se aborta un creciente número de fetos con esa trisomía por deseo de los padres.

3º. Trisomía XYY (El supermacho). Se produce, de forma aproximada, en 1 de cada 1.000 nacimientos. Los individuos son varones normales de más envergadura y menos capacidades intelectuales que sus hermanos varones, pero dentro de la normalidad. Padecen dificultades reproductivas.

4º. Trisomía XXX (La superhembra). Se produce, de forma aproximada, en 1 de cada 1.200 nacimientos. Los individuos son mujeres normales con algo más de envergadura y menos capacidades intelectuales que sus hermanas, pero dentro de la normalidad. Padecen dificultades reproductivas.

A este 0,37 % aproximado de la población se pueden unir los casos de malformaciones congénitas genitales (0,10 %) donde, generalmente, los genes determinan su sexo y las hormonas van a generar el resto de los caracteres sexuales secundarios acordes con su adscripción genética, al margen de malformaciones y pese a que los órganos genitales resulten indeterminados por problemas en la fase de gestación.

Sólo existiría duda razonable en el caso de alteraciones genéticas unidas a malformaciones genitales. En esos casos se podría hablar de ambigüedades a nivel de sexo biológico. La estadística, por tanto, determina que en la sociedad hay hombres y mujeres, no como invento social o como imposición cultural sino como mera contabilización biológica de, como mínimo, un 99,5 % de los casos.

Dentro de las alteraciones médicas que pueden suponer un cuestionamiento de la dicotomía hombre-mujer aparece el síndrome médico de Harry Benjamín, que diagnostica individuos con un sexo biológico y genital al que los cócteles hormonales, en el momento de la formación cerebral, les conformaron éste como del sexo contrario. Se habla de 1 de cada 100.000 mujeres y 1 de cada 30.000 varones. Sin embargo, las personas afectadas por este síndrome, se sienten absolutamente varones o mujeres, no tienen ninguna duda de su identidad sexual y sólo desean adaptarse a esta dicotomía. De hecho, las personas diagnosticadas con ese síndrome consideran la ideología de género una falacia que les perjudica especialmente al banalizar su situación y colocarles en el mismo plano que otro tipo de situaciones (travestis, transexuales externos...) cuyo objetivo, afirman, es que no se considere su situación un trastorno médico o enfermedad de ningún tipo, pero que se les administren diversos tratamientos hormonales y de cirugía estética a través de la sanidad pública permaneciendo en la indefinición sexual. Por el contrario, las personas con síndrome de Harry Benjamín quieren que su trastorno se considere de forma clínica y no como algo relacionado con el “género”. El porcentaje de transexuales externos, travestís... al igual que los diagnosticados de Harry Benjamín, es muy pequeño.

Volviendo a todo lo expuesto, que el reputado antropólogo hable de una parte de la población sin asignación de sexo biológico como razón para erradicar la dicotomía hombre-mujer por minoritaria y poco relevante parece una broma con más de un 99 % de seres claramente dentro de esta división.

Respecto al segundo nivel o plano de los que se han expuesto anteriormente, esos roles sociales y estereotipos que tan ajenos a la realidad y tan dañinos les parecen a los ideólogos de género, como era el caso del antropólogo ponente, resulta asombroso que ni los unos ni el otro valoren, estudien

o tengan en cuenta el factor biológico en los comportamientos.

La etología, una parte imprescindible de la antropología, es el estudio del comportamiento humano más allá de los aprendizajes y la educación. Esta disciplina analiza esos aspectos sociales de nuestra mente y de nuestros comportamientos que pueden considerarse como derivados de adaptaciones biológicas a ambientes ancestrales, que responden a dictados fisiológicos de un organismo que busca sobrevivir, que han sido configurados por la evolución biológica y que podrían estar impresos en factores hereditarios determinantes en ese tipo de comportamientos humanos que se reproducen a lo largo de las generaciones.

Estos comportamientos, no adquiridos y de gran importancia en la adaptación al medio y en la supervivencia, se pueden encontrar también en especies animales inferiores en la escala evolutiva. Hay muchos casos de animales criados en cautividad que, en el medio natural, han desarrollado comportamientos no adquiridos puesto que no los habían aprendido de sus progenitores y no eran instintivos primarios. Tal es el caso del alimoche criado en cautividad que nunca había visto romper huevos con piedras a sus padres y fue capaz de ejecutarlo sin aprendizaje alguno cuando le resultó necesario, llevando a cabo comportamientos ancestrales de su especie que habían ayudado a su supervivencia. También es sorprendente que determinados patrones de comportamiento humano se reproduzcan de forma casi unánime en distintas épocas y distintas culturas que no han tenido contacto entre ellas ni en el espacio, ni en el tiempo y que se identifican como biología del comportamiento humano y que han estudiado etólogos como Irenäus Eibs Eibesfeldt, Elliot Aronson y otros.

En el caso de los roles y estereotipos sociales que, según la ideología de género, se inculcan a hombres y mujeres, cabe la posibilidad de que simplemente reproduzcan y fomenten unos comportamientos ancestrales que han supuesto parte del éxito evolutivo de las especies superiores. Es decir, que no se hayan inventado de la nada, sino que tengan bases biológicas demostrables que se niegan contra todas las evidencias. Esta negación de los comportamientos ancestrales que nos han llevado al éxito como especie, es uno de los grandes errores que presenta la ideología de género. La otra gran debilidad de esta doctrina es el intento de equiparar en todo, incluso físicamente, al hombre y a la mujer con la finalidad de erradicar las diferencias negándolas.

Este apartado que afecta a los comportamientos, los roles y los estereotipos sociales y las implicaciones del físico en ello, se va a desarrollar ampliamente en posteriores capítulos, precisamente por resultar los puntos que más evidencian la inconsistencia de la ideología de género como una “teoría de la

naturaleza humana", paradójicamente basada en todo (ideología, prejuicios, intereses personales y de grupos, mentiras manifiestas...) menos en la naturaleza humana. También es importante por ser la parte más lesiva para la formación y felicidad posterior de esa inmensa mayoría de hombres y mujeres "normales", es decir, que se adecuan a la norma, y la que más socava las bases de la sociedad tal y como la conocemos. Como aclaración, diremos que en este texto, cuando se habla de "normalidad", se hace referencia a "lo común", lo mayoritario y opuesto a la "excepcionalidad" o lo inhabitual sin que haya matiz peyorativo alguno al referirse a lo "no normal", salvo destacar que no es lo habitual.

Por otro lado y acerca de esos rasgos externos "encasilladores", que no dejan de ser la parte folclórica de esta estupidez venida a más que es la ideología de género, habría que hacerle ver al antropólogo, al resto de los ponentes y a los defensores de estas teorías, que se han de diferenciar los gustos y formas de vestir y acicalarse, muchas veces surgidos de tradiciones o del propio deseo individual, como es el caso de faldas, tacones o maquillaje, de rasgos sexuales secundarios que no dependen ni de la sociedad ni del deseo individual y obedecen en muchos casos a disfunciones hormonales o las ya mencionadas alteraciones genéticas. Las mujeres suelen estar, de forma general, más preocupadas por la estética personal, lo que les hace ser capaces de llevar unos zapatos incómodos o unos polvos por la cara para adecuar su aspecto a sus deseos estéticos, molestias que al varón, en general, no le compensan. Respecto a la falda y el pantalón habría que hacerles ver que son ropajes tradicionales que facilitaban las vidas a los usuarios. Antiguamente, al hombre, por su forma de micción y su realización de trabajos que implicaban mucho movimiento y fuerza, le resultaba cómodo el calzón en tanto que a la mujer, con las menstruaciones, la forma de miccionar, y que permanecía más en casa porque cuidaba de las crías, encontraba más cómoda la falda. En la actualidad, con los nuevos medios de controlar las pérdidas de las menstruaciones y la vida menos sedentaria, las mujeres han adoptado el pantalón de forma mayoritaria por su comodidad y mayor abrigo en invierno. Si hay hombres que deciden que la falda es muy cómoda, no necesitan del apoyo de la ideología de género para ponérsela.

Sin embargo, la mujer barbuda era víctima de un problema hormonal llamado hirsutismo. Es evidente que, en la actualidad, se pueden resolver muchas de esas disfunciones aunque, en caso contrario, es obligado de todos aceptar a esas personas. Ahora bien, utilizar un caso de enfermedad para justificar que hay personas que, en el ejercicio de su libertad, ofrezcan un aspecto externo chocante por su excentricidad, vuelve a ser un dislate. De hecho, uno de los mecanismos que la ideología de género ha utilizado para

conseguir la aceptación social ha sido a través de este tipo de manipulaciones que no resisten un análisis serio pero que, explicadas en un determinado contexto ante un público predispuesto o sin mecanismos críticos, apela al "buenismo" y a la solidaridad con los infortunados. La propuesta de erradicar las referencias hombre-mujer para que la mujer barbuda se encuentre socialmente integrada, además de infantil como argumento, es semejante a exigir que, puesto que hay personas sin hogar, renunciemos todos a nuestras casas y nos vayamos a la calle a pasar frío. Sin embargo, el sacrificio de renunciar a nuestras raíces biológicas para que la mujer barbuda sea feliz no suena tan radical como abandonar los hogares por la simple razón de que la audiencia que se cree esos planteamientos no se da cuenta de lo esencial para su felicidad que es armonizar sus dos naturalezas.

Por otra parte, cuando se analiza este discurso en el que personas con gustos excéntricos exigen un cambio completo de toda la visión estética de una sociedad para que su excentricidad sea vista como la normalidad, surge una sospecha bastante fundada: Si lo normal (la norma) es lo común y lo anormal (lo que está fuera de la norma) es lo excepcional, en tanto el aspecto sea excepcional, será chocante. Si se consigue que lo excepcional sea lo habitual y, por ello, no llame la atención, lo más probable es que esas personas de gustos excéntricos cambien su aspecto al más tradicional de los modelos estéticos a fin de transgredir las normas como era su objetivo, puesto que la trangresión y el intento de escandalizar, diferenciarse o llamar la atención es, en una inmensa cantidad de casos, una forma de afianzar la personlidad.

Lo que resulta evidente es que en esto, como en todo lo que la ideología de género quiere cambiar, lo que no se puede permitir son las imposiciones. Cada uno debe vestir y actuar como se sienta a gusto, se cumplan o no las expectativas de falsa igualdad de los ideólogos de género, puesto que, a la vista de otras estrategias de igualación de sexos, me temo la imposición de ratios semejantes de mujeres y hombres con tacones o sin ellos, con maquillaje o sin él.

Ciertamente, cabe preguntarse si ese cambio estético nos va a hacer más felices y va a conseguir que, una vez establecido, no se sepa a cuál de esas dos odiosas formas humanas causantes de todas nuestras desdichas y discriminaciones, hombres o mujeres, pertenecemos. En resumen, cabe preguntarse si unos ornamentos externos van a camuflar lo que genes, hormonas, fisiología y anatomía evidencian cad instante de nuestras vidas. En ningún momento, pese a que lleven un uniforme unisex, se deja de percibir si el militar es hombre o mujer. Por otra parte, el hombre con tacones y pechos es eso... un hombre con tacones y pechos aunque se sienta mujer, aunque diga que es mujer, aunque todos, sin excepción, aceptáramos que es mujer. Con indepen-

dencia de que haya rasgos secundarios de difícil ocultamiento (cuello, manos, nuez, espalda...) que evidencian la masculinidad, sucede que en cada una de sus células, en cada uno de sus cromosomas y en muchos de sus comportamientos, la realidad y la biología afirman que es un hombre. La negación de la realidad no cambia la realidad.

Acerca del tercer nivel de la sexualidad humana que exponen, la atracción sexual, existen diversos estudios que establecen su origen en razones psicológicas o en causas congénitas. Los que defienden las causas psicológicas en la atracción sexual por personas del mismo sexo aluden a la insatisfactoria relación afectiva del homosexual con las personas de su sexo, lo que les empujaría, en su ansia de aceptación dentro del grupo de su sexo, a generar un sentimiento de deseo sexual. También se habla del caso contrario: relaciones afectivas insatisfactorias con el sexo contrario que llevarían a la animadversión. Autores como Richar Cohen y médicos como Aquilino Polaino, defensores de esta teoría, afirman que la homosexualidad es reversible y se puede reconducir el deseo sexual hacia el sexo contrario con terapia psicológica. Esta afirmación les ha llevado a ser víctimas del loggy gay. De hecho, en otro de los cursillos de diversidad sexual a los que he asistido y, tras repetir muchas veces que la atracción sexual es una opción de la persona y puede cambiar con el tiempo (mensaje, por cierto, que tratan de transmitir a toda costa a los alumnos menores de edad en las charlas de "diversidad sexual" que ofrecen), los ponentes se vanagloriaban de que el colectivo LGBT (lesbianas, gays, bisexuales y transexuales) habían conseguido evitar en España la distribución, a través de Amazon, del libro de R. Cohen, en el que explicaba que la homosexualidad podía revertirse a heterosexualidad.

Mientras los alumnos del cursillo se felicitaban ante la noticia de que se hubiera podido torpedear a alguien tan malvado que pretendía cambiar la atracción sexual de los homosexuales que así lo desearan, yo me preguntaba por qué, si el deseo sexual es elegible y puede cambiar con el tiempo, según me acababan de explicar, los homosexuales descontentos con su deseo sexual no podían reconducirlo mientras que los heterosexuales sí que podían cambiar a homosexuales y eran aplaudidos por ello.

Al parecer, en los cambios de atracción sexual hay un doble baremo y, en uno más más de los ejercicios de totalitarismo que caracteriza a este colectivo, si un homosexual quiere variar su deseo sexual hacia la heterosexualidad, porque cree que va a ser más feliz, porque por diversos motivos le desagrada su tendencia homosexual... no se le debe permitir una opción ni una elección de su sexualidad que, en caso contrario, se permite y aplaude. Su felicidad es ser homosexual y "salir del armario" con alegría. El colectivo LGBT dictamina que su felicidad debe ser la homosexualidad y la "salida del armario" por

las buenas o, como hemos visto en muchos casos, por las malas. El colectivo LGBT elige por todos los homosexuales y sabe lo que les conviene. Sorprendente, ¿no? Lo mismo hacen los colectivos feministas empeñados en hablar en nombre de todas las mujeres.

Aunque en este ensayo no se descarta la posibilidad de que, en algunos casos, estas terapias sean efectivas, pues la casuística de la homosexualidad posiblemente sea variada, sin embargo, es muy posible que lleven razón los estudios que afirman que el deseo sexual no se elige, ni se cambia de forma voluntaria o por causas indeterminadas y que proviene del cóctel de hormonas que riega nuestro cerebro en formación cuando estamos en el seno materno según seamos hombres o mujeres. Aunque en la inmensa mayoría de los casos coincide con los parámetros de normalidad tal y como le interesa a la naturaleza para que la especie siga sobreviviendo, en algunas ocasiones no es así y el deseo sexual no se corresponde con el sexo genético, lo que a efectos biológicos no sería sino un "error de fabricación" de individuos con posibilidades de éxito reproductivo, lo que evidentemente no afecta a su dignidad y derechos como personas. Este posible origen de la homosexualidad como algo hereditario familiar señala a la madre como causa de esa irregularidad en la fabricación de hormonas durante la formación del embrión. También señala el alto número de homosexuales que presentan antecedentes familiares en hermanos de la madre. De cualquier forma, según las estadísticas más optimistas de los "homosexualistas", esta disfunción (disfunción como alteración, como algo que funciona diferente a la inmensa mayoría) del deseo sexual afectaría al 10 % de la población.

Sin embargo, no es el objetivo de este capítulo, ni de este ensayo, explicar las causas últimas que marcan el deseo sexual humano, sino buscar las incoherencias de un sistema ideológico que trata de cambiar nuestra concepción del ser humano y nuestras vidas.

Por ello, la reflexión que se hace es la siguiente: si un 10 % de la población presenta, por causas indeterminadas, deseo sexual hacia las personas de su sexo, si bien en su inmensa mayoría tienen clara su identidad sexual de varones o mujeres, y un 0,5 % de personas presentan alteraciones genéticas, es decir, si el 89,5 % de la población coincide plenamente con unos parámetros de alteridad sexual, de identidad sexual, de gustos y comportamientos comunes al sexo al que pertenecen... ¿existe alguna razón seria para que ese 89,5 % deba quedarse sin referencias a fin de que ese 10,5 % pueda sentirse "normal", es decir, dentro de "la norma"?

Gracias al reputado antropólogo y otros ponentes de los cursos de diversidad sexual, aprendí que existe una especie de error cada vez más "delictivo" y

por ello, cada vez más “punible” y que es la heteronormatividad, o heterosexismo, es decir, creer y actuar como si el mundo fuera heterosexual, dividido en dos sexos.

La heteronormatividad pretende que, como un 89,5 % de la población está perfectamente identificada en esa alteridad sexual, el mundo se rija por la premisa de dar como habitual que la población es heterosexual y que el mundo se divide en hombres y mujeres. Ya ven qué pretensión más osada. Y el porcentaje de 89,5 % de población que encaja en la heteronormatividad es seguramente algo mayor porque se ha utilizado una cifra posiblemente ampliada de homosexuales y porque muchas de las personas con síndromes genéticos son y se sienten hombres o mujeres.

Tras informarnos de la existencia de ese error ofensivo de interpretación de la realidad, la heteronormatividad, el ponente nos hizo ver inmediatamente, y en una de esas “*volteretas lógicas*” que practica la ideología de género, que esa percepción dictada por el sentido común supone una discriminación de esa parte que no encaja en los parámetros más comunes y por ello el “heteronormativo” es homófobo, lesbianófobo, transexualófobo y bisexualófobo. Y que todas esa fobias son violencia contra el diferente.

De hecho, existe un nuevo término: “LGTBófobo” que engloba todo ello. Es decir, la aceptación de la realidad biológica del ser humano y su reflejo en la realidad social se identifica con una agresión y una fobia contra el que no coincide con esa norma general. Y como nadie quiere ser nombrado con una palabra tan fea, se va infiltrando la idea de que reconocer la sociedad humana como algo formado por hombres y mujeres es discriminatorio y por ello con tintes delictivos.

La explicación de la “*voltereta lógica*” parece ser, pues así nos lo explicaron a los esforzados alumnos del cursillo, que “*con la heteronormatividad se crea una jerarquía en la que se ve como buena y positiva la heterosexualidad, y como malo y negativo, lo otro, la homosexualidad. Y como es lo malo y negativo, el diferente es malo y negativo y se le ataca*”. Estas inferencias, que no resisten un análisis lógico mínimamente riguroso, se suelen completar con cifras escalofriantes de agresiones a homosexuales, a veces evidentemente falsas y manipuladas y sin posibilidad de ser contrastadas. Por concatenación lógica del mismo estilo que la anterior, la heteronormatividad lleva a la violencia, por lo que esta concepción del mundo es delictiva y debe ser prohibida para defender de agresiones al diferente. La manipulación lógica y la manipulación estadística se complementan con la negación de la realidad: en los diversos cursillos de ideología de género a los que he asistido, se afirma que la heteronormatividad no es la norma. Y para dar más fuerza a esa

afirmación-reivindicación, se nos contó que en las Islas Mauricio se realizan unos rituales homosexuales de madurez. Para no tener que irse tan lejos, también se nos dijo que en la antigua Grecia era normal la homosexualidad. Curiosamente, los defensores de esta falacia olvidan los miles de culturas y pueblos que no vieron como norma, como algo positivo o digno de amparar, la homosexualidad.

Si volvemos a la pregunta que se hace a la madre que espera un bebé, ¿es niño o niña?, y que para la ideología de género es un error-delito de heteronormatividad, veremos que en un 99,5 % la criatura va a pertenecer a uno u otro sexo con seguridad, por lo que no debería resultar ofensivo ni lesivo para nadie. No es odiar a la minoría reconocer que existe una mayoría. Sin embargo, en estos cursos a los que he asistido nunca se aportaron estos datos, sino una extraña mezcla de ámbitos y conceptos distintos, que acababan implicando a prácticamente toda la población y que se coronaba con el "todos somos diferentes", lo que hacía la heteronormatividad absurda y odiosa. Aunque "todos seamos diferentes" se obviaba la explicación de que bastantes más que muchos, es decir, la inmensa mayoría, tenemos características semejantes por motivos de sexo.

A juzgar por las estadísticas aproximadas que se acaban de razonar y mostrar, no parece tan descabellado que exista la heteronormatividad y que se dé por habitual y normal que la inmensa mayoría de las personas presentan un sexo genético. Igualmente es razonable y evidente pensar que ese condicionamiento biológico implica que una gran mayoría de las personas de ese sexo tengan el mismo deseo sexual y la misma identidad sexual claramente definidos y sin posibilidad de cambio, y deseen y elijan los mismos roles sociales para desempeñar, ya sea por gusto o por sentirse competentes en esos ámbitos.

Sin embargo, es de temer que el próximo objetivo de los defensores de la ideología de género sea tipificar como delito la concepción heterosexual del ser humano identificándolo como odio al homosexual u homofobia.

En este momento al lector le puede resultar sorprendente que un libro enfocado a mujeres y hombres naturales y, en todo caso, a la situación actual de ambos termine hablando de colectivos homosexuales. Sin embargo todo tiene una causa: actualmente, las mujeres nos vemos representadas en nuestros intereses únicamente por colectivos defensores de la ideología de género formados mayoritariamente por mujeres lesbianas y, por tanto, con intereses ajenos e incluso lesivos para la mujer real, la que es física y psíquicamente mujer, ese 89,5 % como mínimo de mujeres que son mujeres, sienten y piensan como mujeres, se comportan como mujeres, desean y disfrutan como mujeres,

les gustan los hombres y quieren ser mujeres. Y los hombres hterosexuales, para bien o para mal, debido a la penosa representación que de la mujer hacen los colectivos feministas, no están representados por nadie en ninguna parte.

Esos colectivos representantes de la mujer son asociaciones feministas de corte radical, con idearios marxistas de lucha de clases que aplican a la relación hombres-mujeres, y asociaciones de mujeres lesbianas integradas en coordinadoras homosexuales con una concepción de la feminidad como algo despreciable y que debe ser erradicado para obtener la igualdad.

Ambos grupos buscan la desaparición de todo lo que implique diferencias entre sexos, las unas porque cualquier rasgo femenino lo asocian con la sumisión al opresor y perpetuación de una sociedad patriarcal cuya estructura las degrada y trata injustamente, y las otras porque, además de aborrecer en muchos casos su sexo y desear ser hombres, se unen al deseo del lobby homosexualista de destruir la sociedad heteronormativa, donde afirman no tener cabida, por el procedimiento de diluir la identidad sexual de casi el 90 % de la población.

Esta destrucción de la sociedad basada en la biología pasa por destruir al hombre y a la mujer en sus características biológicas comunes al sexo al que pertenecen mediante la negación de éstas, el desprecio de tales caracteres y, si es preciso, la prohibición. Mientras la destrucción del varón no lleva aparejados planes que dicen ayudarle, en el caso de la mujer, las leyes y normas que hipotéticamente le amparan, los colectivos que le representan, los organismos creados para beneficiarle, las partidas económicas que se invierten en presuntas ayudas, todo cuanto ser presenta como una defensa de la mujer real es lo que, salvo en contadas situaciones, está actuando a favor de la destrucción de la mujer, negando su biología, impidiéndole ser ella misma, llevándola a despreciar su esencia y creándole absurdas situaciones de discriminación e infelicidad.

¿Cómo hemos llegado a eso?

¿Por qué la defensa de los derechos de la mujer ha terminado en manos de mujeres que desprecian su condición, mujeres que consideran la feminidad una lacra, mujeres que dicen no sentirse mujeres, mujeres que quieren ser hombres y lobbies homosexualistas?

¿Realmente buscan el bien de las mujeres, o son otros sus intereses?

Todas estas asombrosas teorías de la naturaleza humana que se han expuesto han sido extraídas de los cursos que el colectivo LGTB COGAM realiza con dinero público para los docentes de la Comunidad de Madrid a fin de

que la ideología de género entre en las aulas de la mano de los profesores formados para ello. Esto significa que con semejante colección de dislates, promocionados y divulgados con nuestro dinero y con el beneplácito de nuestros dirigentes, se ideologiza a los profesores que luego van a pasar muchas horas en un aula cerrada con nuestros hijos.